

## El cesto de mimbre Helma Mechin <sup>cosb</sup> 2º D



Todo aquello había sucedido casi de repente. Aquel anciano, de rostro resquebrajado por las arrugas, descendía cadenciosamente hacia el muelle. Las olas rugían ya bajo sus pies. De su brazo izquierdo colgaba un pequeño cesto de mimbre cubierto por un paño de cuadros rojos y blancos. El viejo clavó su mirada en el horizonte meditabundo. Aquel día... era el acordado con los piratas para el pago por la vida de su hijo, secuestrado en su barco mientras pescaba hacía ya unos meses.

Todo ocurrió una mañana, su hijo como de costumbre había salido a pescar, mas no llegó a casa esa noche. Todo el pueblo le buscó durante días pero no obtuvieron ningún resultado, por lo tanto se le dio por muerto. Aun así su padre no aceptó la idea de perder a su hijo y le esperó. Todas las mañanas se sentaba en el banco del muelle esperando divisar a su hijo en el horizonte.

Ya habían transcurrido algo más de tres semanas cuando el triste anciano recibió una carta sin remitente. En la carta se le informaba de que su hijo había sido secuestrado y en el día indicado tendría que pagar un alto precio por volver a tener a su hijo consigo. Los días transcurrían lentamente. Por fin, llegó el día, el viejo se levantó pensativo, pues no estaba seguro de cómo iba a terminar ese día para él. Se vistió, cogió el cesto de mimbre y se dirigió al muelle. Cuando llegó clavó su mirada meditabunda en el horizonte, allí permaneció casi en un tranco, hasta que se dio media vuelta y se dirigió hacia la esquina este, donde no quedaba más que viejos barcos inútiles y donde la vida y la alegría del pequeño pueblo no alcanzaba. Aquella era la zona donde antes atracaban los barcos más importantes, aunque desde la tragedia, toda esa parte quedó abandonada. Las maderas de el muelle allí estaban rotas, astilladas, deterioradas, debido a la fuerza del mar y el viento, las plantas ya no crecían allí, sólo quedaba algún que otro hierbajo. Se sentó en el borde del muelle y apesar de que aquella mañana el mar estaba revuelto y el viento helaba a cualquier que se atreviera a salir de casa, el viejo se quedó inmóvil esperando. Nada del pueblo discutía que la carta del secuestro fuese una simple broma de los chicos del pueblo, pero el viejo acordó y esperó.

Ya asomaba el sol por encima de las montañas cuando una pequeña embarcación se divisaba con gran dificultad y avanzaba lentamente hacia el muelle. Tras mucho tiempo transcurrido se identificaban vagamente las partes de la pequeña embarcación, incluso si poseías una gran agudeza visual podías distinguir en la cubierta a tres tripulantes. Quizás al anciano debido a todos los años vividos entre las olas y miradas al mar le fuese mucho más fácil identificar todos los detalles, incluso reconocer a los tripulantes.

La embarcación llegó por fin al muelle, los misteriosos tripulantes se habían cubierto con capuchas y abrigos oscuros. De las tres tripulantes se podía apreciar a uno, que con diferencia era más bajo. El bajo bajó de la embarcación y se dirigió hacia el anciano. Éste sin demostrar reacción alguna se levantó con calma y sosteniendo fuertemente la caña se dirigió al hombre que le esperaba a mitad de camino entre la embarcación y donde éste se encontraba.

Mientras ambos dialogaban con voces tranquilas, los dos tripulantes restantes vigilaban lo que ocurría.

De repente alzó la voz y casi a gritos comenzó un gran forcejeo. Uno de los que se hallaban en el bote acudió rápidamente a ayudar a su compañero. Todo ocurría deprisa aunque resultaba increíble que el anciano resistiese contra los dos hombres.

Mientras tanto, y muy sigilosamente el último que quedaba a bordo desembarcó y cogiendo un palo que había suelto en el muelle atacó fuertemente a sus anteriormente acompañantes, en un abrir y cerrar de ojos se encontraba a solas con el anciano pues de los otros dos se encogían el mar de arcastrales.

Anciano y su defensor se quedaron mirándose fijamente durante un rato, al final no pudieron resistir más y padre e hijo se estrecharon entre sus brazos, emocionados, por estar juntos de nuevo.

Una vez pudieron articular palabras el hijo le preguntó al padre:

- Padre; ¿Crees que seguiré vivo?
- Padre por supuesto, siempre supe que volverías a casa.
- ¿Por qué cometiste a pelear con mi secuestrador?
- Encontré la oportunidad y no lo dudé comencé a pelear con todas mis fuerzas.

- Padre, aún me queda una última duda. ¿Que te pidieron los piratas por mí? Me mantenían encerrado y no puede entenderme, ni avisarte de lo que me había ocurrido.

- Lo que me pidieron como pago es un tesoro, pues es algo tan valioso y hermoso que cualquiera lo querría por sí.

- ¿Pero me dirás qué es?

- No hace falta, lo tengo aquí mismo.

Y cogiendo la cesta de mimbre levanté el puño de cuadrados rojos y blancos y se lo enseñé. El hijo quedó asombrado y no pudo articular palabra ante aquello tan hermoso que su padre le había enseñado, desde aquel día no volví a tener más suecos como ese, o quizás sí... Por otro lado, de los piratas se sabe que desaparecieron entre las aguas cercadas por la corriente hacia una zona rocosa. Sus cuerpos jamás aparecieron y por eso en el pueblo se difundieron dos opiniones, una consiste en que, como es más lógico los cuerpos fueron arrastrados muy lejos mar adentro junto con el bote que misteriosamente también desapareció a la manera siguiente de todo lo ocurrido. La otra teoría quizás la más interesante es que ambos piratas sobrevivieron y huyeron en la embarcación por donde habían venido, pues bien, yo dejo al lector la libre elección sobre que ocurrió verdaderamente con los piratas.